



EL ASEO, EL AYUNTAMIENTO
Y LAS OBRAS PÚBLICAS.

O á nuestros concejales les falta un viérnes, ó entran á servir en esa especie de condena que se llama regiduría, con la resignación del presidiario. Ni el movimiento general del país hacia el progreso material, ni la voz de la prensa, ni el deseo de acallarla siquiera con dictar algunas providencias de esas que hacen mucho efecto en el público y no cuestan mucho dinero; nada, ni

el amor propio, ni el qué dirán, ni la *negra honrilla*, ni *el puntillo*, ni ninguno de esos móviles del corazón humano saca á esos benditos señores de su recogimiento y su abstención, como no saca de su atonía al reo sentenciado nada de lo que pasa fuera de su celda.

México presenta á los ojos del extranjero una serie de contrastes de gran valor como apuntes de viaje; pero aparte del efecto extraño que los tales contrastes puedan hacer en el ánimo de los *touristes* de buen humor, no pueden menos que surgir de la observación atenta conclusiones de todo punto desfavorables á nuestra pretendida ilustración.

Nos inglesamos en las carreras y hasta nosotros mismos nos creemos en Londres, cuando decimos con afectada naturalidad que nos dirigimos al *turf*. Ya en ese potrero de Peralvillo no se dice por la tarde que hay una concurrencia de gran tono: es preciso decir que aquello es el *high life*; y si se critica á la concurrencia, es preciso hacer

creer que con los muchos años de residencia en París, ya se acostumbró uno á decir que allí está *la goma*. El mexicano en las carreras ya no se permite decir los *elegantes*, por prosaico, ni *los petimetres*, por castizo y por anticuados; ni *los catrines*, por *ordinario*; ni *los rotos*, por *lépero*; necesita decir *los gomosos*, por *parisien*. Es preciso finjir un interés que no se tiene en el caballo de nombre más inglés, pronunciando el de su dueño con familiaridad, aún cuando no se le conozca de vista. De las carreras se pasa á la ópera francesa con una provisión de sonrisas falsas para ir las acomodando á las frases que no se entienden, pero de las cuales se rien Bablot ó Limantour, que están allí cerca.

Pero hé aquí que del *high life* se pasa al cacahuete tostado de horno, de *la goma* se pasa al cochambre de las figoneras que declaran su domicilio la plaza de la Constitución, el 5 de Mayo, y en donde no hay *high life* posible sino mezclada con los zarapes, los sombrerotes y los andrajos de nuestro pueblo.

Y habremos de resignarnos á este contraste para toda la vida? Estará condenada *nuestra goma*, ó nuestra nobleza, ó nuestra aristocracia ó todos, en fin, los que nos vestimos á la europea, siguiendo el torrente de la civilización universal, á vivir incrustados en medio de este pueblo sucio, goloso y ordinario, haciendo el mismo papel que hacen las colonias europeas en China, en Persia y en Constantinopla? Estaremos formando constantemente como en la antigua Atenas, un grupo de cupátridas en medio de un pueblo de ilotas?

Ya hemos proclamado abiertamente la instrucción de las masas; ya tenemos estereotipadas centenares de frases patrióticas, político-administrativas, ultra-democráticas y ultra-ribombantes, acerca de tan alto y trascendental principio, no hay más que echar mano de ellas, como de los sellos de goma que cambian solo de fecha, para confeccionar discursos parlamentarios, editoriales, planes de pronunciamiento y proclamas; ya estamos en paz, y llegó la oca-

sión de llevar al terreno de la práctica tan bella teoría.

Ahí están nuestras escuelas, contestarán en coro los munícipes, trabajamos por la instrucción pública, vigilamos por la instrucción pública. En hora buena; á contar desde el alfabeto, estamos de acuerdo con todo lo que se refiera á la instrucción del ciudadano; pero antes de aprender el alfabeto ¿quién lo educa? ¿Quién destruye ó modifica al menos, el caudal de frases ordinarias de malas costumbres, de malas maneras y de falta de dignidad personal, que ese neófito de la instrucción lleva á la escuela? ¿la escuela misma? Apelo al testimonio de las personas que conocen léperos que saben leer y escribir, porque aprendieron esto en la escuela, pero que siguen siendo tan mal educados como antes de aprender á leer, y se verá como nuestra escuela actual que instruye, está muy lejos de educar á las masas.

En ninguna época ha llegado á tener más importancia la institución municipal que en

la presente. En los muchos años en que ha permanecido estacionaria la capital de la República, y en medio del malestar inveterado que las revueltas políticas nos ocasionaban, nuestros ayuntamientos se la han ido pasando de período en período, desempeñando con más ó menos acierto sus deberes de estampilla. Pero la época actual es excepcional, y el ayuntamiento está obligado á ponerse á la altura de las exigencias de la situación, ó á retirarse de la escena por incompetente.

Todos los esfuerzos de la masa civilizada de la República en la ímproba tarea de difundir la ilustración, deben naturalmente dirigirse al mejoramiento de las clases inferiores. Para lograr este mejoramiento, insistimos en que no basta la escuela, ni mucho menos basta en las condiciones en que está basada en la actualidad; porque de la misma manera que el plan de instrucción debe ser dictado por espíritu filosófico que tienda al mejoramiento moral del individuo en cierto sentido, el plan de educación debe

ser el resultado de la observación respecto á los vicios y defectos de que adolece el pueblo que se pretende mejorar.

Esta observación nos dá sin dificultad alguna el siguiente corolario. Los defectos capitales de nuestro pueblo ínfimo son el desaseo, la falta de dignidad personal, la pereza, y el estoicismo. Estos defectos como condiciones de raza, se transmiten y se propagan de generación en generación á pesar de la escuela, muy especialmente cuando los planteles de instrucción popular no obedecen á un plan filosófico en el sentido de la educación.

Si convenimos en que los enunciados son los defectos de nuestro pueblo, y si convenimos en que el espíritu del progreso, la filantropía y la ilustración tienden á minorar y destruir esos defectos ¿por qué no tomamos este principio como punto de partida y como objeto filosófico para constituir la escuela y la policía?

Hemos dicho arriba que la escuela es insuficiente para educar y mejorar al pue-

blo, y que en ninguna época ha llegado á adquirir mayor importancia la institución municipal que en la presente. Hé aquí pues el punto en que se tocan la escuela y la policía.

Tratemos del primer defecto: *el desaseo*. Este defecto es de la exclusiva incumbencia del ayuntamiento; esta corporación tiene á su cargo algunos miles de niños de ambos sexos, y tiene á su cargo el cumplimiento de las leyes de policía, de salubridad, de ornato y de conservación. ¿Por qué no se empieza á combatir este defecto en la escuela? Ya en otro artículo hemos indicado la manera sencillísima de plantearlo. Es de todo punto indispensable que nos penetremos de esta verdad: el mejoramiento material y moral del hombre empieza con el aseo, luego para entrar á la escuela se necesita presentarse aseado, ó asearse en la puerta antes de entrar.

Sin aseo no hay civilización ni cultura; y por civilizados y por cultos que nos supongamos los *cupátridas*, tenemos que confesar

que no hay pueblo más sucio en el mundo civilizado que el pueblo ínfimo de la capital de nuestra República, que es á su vez la ciudad más inmunda de todas las capitales civilizadas; y de esta falta de aseo, el primer culpable es el ayuntamiento, á cuya corporación insistimos en llamar incompetente para el ejercicio de las importantes y apremiantes necesidades del municipio.

Cómo se puede esperar que esa corporación, ya no solo se ponga á la altura del espíritu filosófico de esos deberes, sino siquiera que pare mientes en la cuestión de aseo, cuando el mismo palacio municipal, su propia residencia oficial, presenta las huellas del abandono y de la incuria, y este abandono y esta incuria, y este aspecto ruinoso no hiere la vista de los regidores que entran y salen diariamente, al grado que ni á uno solo le ocurra ocupar un albañil para que resane las paredes descarnadas y carcomidas por el salitre.

Cómo se puede esperar el aseo de la ciudad de una corporación que parece connatu-

ralizada con el deterioro y la ruina; con las telarañas y con el cochambre de las paredes? Fué necesario un párrafo en *La Libertad* para que mandara quitar las telarañas de su portal. Veremos si estas líneas sirven para que mande resanar las paredes y lavar los pilares.

El día 5 de Mayo la corporación pensó en su portal, y sobre los muros deteriorados y los pilares grasientos, colocó veinte pesos de guirnaldas verdes que no había más que pedir. ¿No hubiera sido más cuerdo, y más decente y más patriótico, emplear esos veinte pesos en cal y arena y en agua y jabón para asear el portal, más bien que emplearlos en guirnaldas que no sirvieron más que para hacer un contraste ridículo?

Hay señores regidores en quienes todo el mundo reconoce las relevantes virtudes de la constancia, el tesón y la dedicación más exclusiva al objeto que se proponen. ¿No opinan ustedes que si esas virtudes raras se emplearan en cuestiones de aseo, serían

más provechosas, de un resultado más práctico y más positivo, que empleándolas en discurrir la manera de gastar más dinero para proporcionar sombra á unas cuantas indias vendedoras de flores?

La corporación municipal se empeña en jugar á los despropósitos, presentando al público los contrastes más grotescos. Dice que no tiene dinero para limpiar un caño, cuando se está ocupando, con una constancia digna de mejor causa, en levantar á todo costo una cúpula de hierro y cristal, digna de los jardines de Versalles, para dar albergue á un grupo de indios durante algunas horas.

Deja por semanas enteras descubiertas las atargeas porque por falta de fondos apenas puede pagar operarios, y mientras en su penuria se vé obligado á envenenar la atmósfera y á propagar el tifo mal de su grado; porque está muy pobre, gasta dos mil pesos en cohetes por ceder á la rutina inútil, y criminal en este caso, puesto que primero es la salubridad pública y los de-

beres municipales de la ciudad, que la pompa de un aniversario, que no es menos glorioso por falta de cohetes.

Y á propósito de limpia de atargeas, permítasenos apelar al amor propio y al decoro de la corporación municipal, y llamar la atención sobre una de nuestras antiguallas, de nuestras rutinas y nuestras ordinarièces. ¿Por qué se obliga al operario velador de la obra de las atargeas, á que improvise por su cuenta una choza inmunda formada de petates podridos, de sacas de carbón, de palos viejos, y de todos los materiales más asquerosos que conducen los carros de la basura? ¿Por qué al repugnante cuadro de la atargea inmunda, abierta más tiempo del necesario, se ha de agregar esa choza que representa la miseria y la incuria, plantada en el centro de la ciudad á un lado del palacio nacional? ¿Qué necesidad hay de recargar el cuadro con esa nueva muestra de nuestra desidia y nuestro atraso? Por honor del cuerpo municipal, por decoro de la autoridad que representa, por el ridículo

en que cae la dirección de obras públicas, debe suprimirse ese espectáculo y mandar construir un garitón portatil ó barraca de madera, que á la vez que sirva de albergue al velador, sea útil para guardar herramienta. Un garitón en cuya parte superior pueda adaptarse un farol con vidrios rojos para anunciar el peligro del pavimento á los cocheros y á los transeuntes pedestres. Este garitón acabará de ser bien conocido por el público, apercibiéndose desde larga distancia que se trata de obras públicas, y dará por fin mejor idea de nuestra obrería mayor y de nuestro ayuntamiento.

Esta corporación está en el deber de poner en vigor, con oportunas adiciones de actualidad, las leyes de policía, teniendo en cuenta que se trata de emprender una cruzada en que, por todos los medios prudentes, y todos los recursos legales, y toda la constancia que se requiere, se combate el proverbial desaseo y la falta de respeto público de nuestras clases inferiores.
